

PRENSA

para la democracia: reto del siglo XXI



Bartolomé Mitre

Señor Presidente de Colombia, señor Presidente de la Fundación Santillana para Iberoamérica, señor Presidente de la Asociación de Diarios Colombianos, señoras, señores:

La historia del periodismo, desde que la imprenta lo hizo posible a mediados del siglo XV, ha sido la de un reto, la de un desafío intelectual y moral a las condiciones sociales, políticas, económicas y culturales de las centurias posteriores.

A lo largo de ese dilatado lapso la prensa fue —a través de la noticia y de la opinión— la gran suscitadora de innovaciones en todos los campos de la actividad humana, a veces por el juicio crítico acerca de las situaciones imperantes, a veces por la formulación de propuestas movilizadoras de las fuerzas históricas.

Nuestros antecesores en el ejercicio de esta profesión desafiaron a la ignorancia y al analfabetismo y terminaron por dar origen a ese fenómeno tan típico de la edad moderna

que es la opinión pública, que desde el siglo XVIII se convierte en motor del progreso.

Nuestros predecesores en el periodismo, con las precarias hojas de las épocas iniciales, promovieron las ideas que abrirían el camino a las grandes revoluciones —la inglesa, la norteamericana, la francesa, la de la América hispánica— que imprimieron a la civilización occidental un viraje radical en su desenvolvimiento.

Sin la prensa no hubiera sido posible el iluminismo, ni su consecuencia política: la declaración y la vigencia de los derechos del hombre y del ciudadano.

La democracia —que es condición existencial para la prensa independiente— encuentra en la prensa libre una condición también existencial necesaria. La libertad de prensa es la garantía de todas las otras libertades.

Este carácter agonal del periodismo es bueno reafirmarlo aquí, en tierra colombiana, donde se está librando la más heroica de las grandes luchas que la prensa haya emprendido en su historia. Nuestro homenaje, sin duda, interpreta los sentimientos admirativos de los colegas de todo el mundo. Y nos refirma en la lucha que debemos librar en nuestros países, ante un mal extendido.

Y es oportuno también destacarlo ahora, en este encuentro convocado por la Fundación Santillana para Iberoamérica, con el fin de memorar y celebrar los doscientos años de la aparición del diario de Santa Fe de Bogotá, primera hoja periódica editada en tierra colombiana y fundada por el cubano Manuel del Socorro Rodríguez.

Claro está que, entre la prensa y la sociedad hay un desafío recíproco, un reto mutuo que va cam-

biando según el transcurso del tiempo. Y el siglo XXI, cuyo umbral ya pisamos, nos plantea reclamos perentorios que podemos intuir, aunque todavía con la imprecisión que es propia de los hechos y de las tendencias del futuro.

Un ensayo prospectivo

El tema me incita a intentar un ensayo no diré futuroológico —este adjetivo ha perdido mucho del brillo que tuvo en otros decenios—, pero, sí, prospectivo, que suena más realista y menos enfático.

En los tiempos recientes lo que vendrá ha sido concebido desde posiciones encontradas, podría decirse rigurosamente opuestas. Por un lado, un distinguido intelectual norteamericano ha sugerido que, con el triunfo del capitalismo, la bancarrota del marxismo y el predominio de corrientes liberales, la historia llegaba a su fin. Por otro, desde sectores diversos de la cultura y de la política se proclama que un nuevo orden mundial se inaugura en el planeta.

Para seguir la norma prudente del justo medio, he de decir, que —a mi juicio— eso —el fin de la historia— es algo que podría darse sólo si se agotara lo que Henri Bergson llamaba la evolución creadora, el impulso vital que lanza para adelante a los individuos y a las colectividades. Una circunstancia imposible de eludir. No enfrentamos el fin de la historia, sino el comienzo de otra historia, cosa que tampoco parece demasiado original.

Esta historia que empieza —o que acaso ya ha empezado, porque los hitos temporales se suelen superponer— puede examinarse con mirada predominantemente sociológica o con mirada acentua-

damente tecnológica. Y aclaro que no desconozco que son inseparables, pero las distingo por razones expositivas.

Voy a ponerme en el primer punto de mira desde el que puede conjeturarse qué va a pasar con la gente en el siglo XXI.

Lo seguro, en esta materia, es que hasta cierta altura del siglo próximo la población mundial aumentará en tal medida que parece inevitable que se acrecienten las necesidades insatisfechas que padece buena parte de la humanidad.

Pero con eso no se agota el porvenir desfavorable: la explosión demográfica se verificará en los países menos aptos para soportar sus consecuencias en términos de niveles civilizados.

El Norte —y esta denominación equivale aquí al conjunto de países más avanzados y no ha de entenderse en su acepción estrictamente geográfica— tenía en 1914 el 50% de la población mundial; ese porcentaje se había reducido en 1988 al 25%. Para el primer decenio de la centuria próxima será solamente del 15%.

Países de gente joven

No acabarán con esto los problemas de los países de desarrollo menor. Sus poblaciones serán predominantemente jóvenes, con los problemas de educación y salida laboral imaginables. En el Norte, más desarrollado, sus pobladores serán mayoritariamente personas de edad avanzada, con crisis previsibles en materia de seguridad social. Para el año 2010, el Japón y lo que fue la República

Federal de Alemania serán las naciones más viejas del planeta.

La mera descripción de estas tendencias deja entrever el grave problema que se planteará a la democracia. ¿Cómo serán atendidos los legítimos intereses de los mayores en aquellas sociedades en las que la mayoría electoral sea joven? Y, al revés ¿cómo serán tratadas las legítimas aspiraciones de los jóvenes allí donde el voto de los más viejos sea decisivo?

Son preguntas a las que se supone que no pueden dar respuesta estructuras institucionales creadas para satisfacer otros requerimientos. Parece razonable lo que sostiene Mahdi Elmandjara, de la asociación Futuribles: "Es necesario obtener una participación más amplia en la toma de decisiones. Esta es una condición para la supervivencia de la democracia".

La historia, en tanto crónica del pasado, es maestra de la vida, según el dicho clásico. Pero el pretérito es inmanejable. Sólo es manejable el futuro y el arte verdadero de la política de ejercerse en esa dimensión temporal.

Por otra parte, los dirigentes políticos, aplicados a los asuntos más urgentes de la actualidad, por lo común se muestran poco dispuestos a ocuparse de los temas del largo plazo, que se tornarían así terreno exclusivo de tecnócratas y teóricos carentes de la capacidad de decidir, si no fuera la acción docente del gran periodismo.

Varios factores vinculados con las modalidades que tendrán la producción y el trabajo en el siglo XXI acentuarán las diferencias entre los países más adelantados y los menos desarrollados.

Entre esos factores figuran el perfeccionamiento de la robótica, el aumento de la capacidad de

computadorización, la incorporación de nuevos materiales y de nuevos combustibles, que serán de difícil acceso para las naciones pobres.

Un rasgo muy peculiar de la producción del futuro será que lo intangible pesará más que lo material. El acento recaerá sobre la investigación, la capacitación, las patentes, la publicidad, etc. Dentro de dos decenios el sector terciario constituirá el 70% de la fuerza laboral y sólo un tercio de los insumos lo llevará lo material, lo tangible, con lo cual en los alrededores del año 2010, apenas entre un 15 y un 20% de la población ocupada será obrera.

Semejante viraje hacia el predominio de la demanda de habilidades intelectuales significará un grave compromiso en materia de actualización de la enseñanza. Se calcula que los conocimientos se duplican cada siete años y que ese ritmo podrá acelerarse con los superordenadores, concebidos a imitación de la estructura neuronal del cerebro y ya como procesadores de secuencias lineales.

La competencia por los puestos laborales —que serán menos en las sociedades avanzadas debido al mayor empleo de técnicas cibernéticas de automatización— llegará a extremos desconocidos actualmente. Algunos países centrales tendrán una desocupación permanente de cerca del 15%. Por otra parte, el trabajo femenino dispondrá para entonces del 45% de las plazas.

Pienso que en esta esfera, la prensa libre tiene una función indelegable e impostergable, la de advertir a quienes cuentan con la autoridad y la capacidad de decidir acerca de las cuestiones inéditas que el futuro reserva a los pueblos, cualesquiera que sean los niveles de su desarrollo.

El derecho a la igualdad de posibilidades

Estará en juego, por entonces, quizás con mayor urgencia que nunca el derecho a la igualdad de posibilidades, uno de los ideales democráticos más elevados.

Para algunos observadores el siglo próximo será el de las grandes comunidades de naciones. A punto de cumplirse en 1992 una de las etapas esenciales del tratado comunitario europeo, parecía justificado y casi indiscutible sostener que el Estado nacional cedería el paso a la organización supranacional.

Pero algunos acontecimientos ponen en duda ese aserto que representaba la aparente dirección de la historia contemporánea.

La lógica de las nacionalidades está enfrentándose a la lógica de la regionalización.

Es cierto que trabajosamente, pero sin pausa, la Europa de los Doce está cercana a concretarse. Y no es menos cierto que se ha propuesto como un *desideratum* final la integración americana desde Alaska hasta Tierra del Fuego y que existen, sin ir más lejos tanto en el Norte como en el Cono Sur, aproximaciones ambiciosas de esa meta, es evidente que en torno del Japón se nuclearán naciones asiáticas próximas al archipiélago por una concepción similar de la política y de la economía.

Mas el enigma del destino soviético, entre otros hechos, introduce en el panorama mundial, el signo del resurgimiento del nacionalismo. No parece fácil que, de desintegrarse el imperio, las repúblicas que formaban parte de él busquen una solución comunitaria, regional, transnacional.

En un controvertido libro publicado el año pasado con el título de "La venganza de las naciones", Alain Minc expresa: "La idea de una federación de la Europa Occidental fue la criatura natural de la guerra fría. Esa Europa de Jean Monnet, la del Estado supranacional murió en Berlín, el 9 de noviembre de 1989", esto es, el día en que fue demolido el muro de Berlín. A juicio del autor francés el Estado-Nación retorna, "apasionadamente en el Este, de una manera discreta y mesurada en el Oeste".

También en esta esfera creo que tiene la prensa independiente una misión y un compromiso, el de mostrar al lector el rumbo que toman los grandes procesos mundiales que, por decenios, quizás determinarán la suerte de los países y, claro está, de su gente.

Una función del periodismo pienso que es la de hacer al hombre contemporáneo de sí mismo, por intermedio de la comunicación.

Consecuente con esta opinión decidí que "La Nación", a fines del año pasado participara de una empresa informativa multidisciplinaria, plural por la variedad de posturas ideológicas de los redactores. Fue la publicación de un número en el que se tomó el pulso a la década de los años 90. "World Media" fue la denominación con la cual 13 órganos de la prensa mundial de primer nivel cumplieron la tarea prospectiva que requieren los individuos y las sociedades para orientarse en un mundo en vías de transformaciones portentosas, tanto que las obras de anticipación literaria muchas veces andan detrás de una realidad en trance de cambios vertiginosos.

En esa empresa debo decir que tuvimos el honor de contar con la colaboración del ex Presidente de Colombia, mi ilustre amigo don Belisario

Betancur, quien desarrolló el tema "América Latina, de la retórica a la realidad". Me es muy grato agradecerle ahora, públicamente, su contribución esclarecedora de los problemas económicos del continente, particularmente en relación con las verdaderas causas del crecimiento exponencial del endeudamiento latinoamericano.

Este colombiano eminente se unió así al grupo de presidentes y ex presidentes de naciones hermanas que en nuestro número especial de diciembre pasado expusieron acerca de cuestiones que nos son comunes en la hora actual. A todos ellos "La Nación" los convocó para que las más altas personalidades de nuestras patrias tuvieran tribuna abierta en esta publicación en que especialistas de las más diversas regiones del mundo dieron testimonio acerca de una hora en la que la aldea planetaria está dividida entre el optimismo y la incertidumbre.

Y ese es el tono sentimental de nuestros días, como corresponde históricamente en los tiempos postreros no sólo de un siglo, sino de un milenio. Así pasó en el tránsito del primero de la era cristiana al segundo que está llegando a su acabamiento.

Predominaban en aquellas circunstancias los temores apocalípticos basados sobre las profecías bíblicas.

Otros temores nos asaltan ahora, no menos intensos pero basados sobre el poder destructivo de la energía nuclear que nos amenaza con un exterminio bélico o accidental, en la agresión inconsiderada del hombre contra su medio ambiente, con la polución del aire y de las aguas, en la desertificación creciente, en la tala salvaje de las pocas reservas forestales que quedan en la Tierra, en el adelgazamiento de la capa de ozono



que protege la atmósfera de radiaciones nocivas para la vida.

En el editorial que escribí en "El mundo de los años 90" —que así se tituló nuestra participación en el proyecto "World Media"— señalaba alguno de los principales factores que alimentan nuestra incertidumbre finisecular. Ponía al tráfico de drogas, criminal y vesánica agresión contra el género humano y al SIDA, flagelo reciente que nos angustia con su avance aún no controlado por la ciencia, en la parte negativa de mi balance; y en la positiva registraba los que alientan el optimismo que comparte nuestro ánimo con la angustia. Decía entonces que en el claroscuro de los 90, como circunstancia estimulante, "se destaca la unidad de los mayores países de la Tierra que parecen haber comprendido que sólo la competencia en la paz para los avances por el bien común es un camino válido y sensato".

No hay duda de que tenía yo presente entonces el fortalecimiento de las Naciones Unidas frente al avasallamiento de la soberanía de Kuwait, la liberación de los pueblos del oriente europeo de los regímenes totalitarios y de las ideologías dogmáticas y cerradas, la distensión que felizmente, con dificultades pero sin pausa, va terminando con la confrontación entre las superpotencias que caracterizó a la guerra fría.

Repito aquí otra reflexión que formulé en ese prefacio, porque estimo que está conectada con el tema de mi exposición:

"Esencialmente, son las comunicaciones y la prensa, como mecanismos de difusión y permanencia de los mensajes y las informaciones, los que tienen a su cargo una responsabilidad que, sin exagerar, supera hoy a la de los gobiernos y los ejércitos."

No hubo muro ni valla capaz de detener el flujo de noticias que llevaría, en gran medida, a que la libertad volviera a imperar en países sometidos durante décadas a los estados policiales, a los regímenes de partido único, al atraso de las economías cerradas.

La prensa toda fue el artífice, desde las hojas manuscritas que circularon de mano en mano subrepticamente en los circuitos de los "samisdat" soviéticos, periodismo heroico que fue minando las bases de la opresión, hasta las señales del mundo libre que difundían las ondas radiales y televisivas, captadas por antenas improvisadas detrás de las cortinas de hierro y de bambú.

Vivimos en la era de la información. No creo que haya habido una demostración más fundada de esa verdad que el derrumbe estrepitoso de los sistemas totalitarios.

La aldea mundial es el producto de la notable sofisticación tecnológica aplicada a la comunicación. Quizás ésta sea la marca distintiva del siglo para los historiadores futuros.

Siglo XXI: inteligencia artificial

Se predice que el siglo XXI será el de la inteligencia artificial, el de las máquinas que no se limiten a la realización de operaciones rutinarias sino que sean capaces de inferencias más complejas, semejantes en alguna medida a las del cerebro humano que enfrenta situaciones nuevas y las resuelve por la vía de la creación intelectual.

Un investigador de la Neurogen Corporation, de los Estados Unidos de América, ha integrado

un sistema automático con dos cámaras receptoras de imágenes —los ojos—, un procesador de computadorización —el cerebro— y un brazo articulado con una mano prensora, que cumple las órdenes recibidas. La criatura artificial que lleva el nombre simbólico de Infant recibe un adiestramiento similar al que se imparte a los niños para asegurar el aprendizaje por la reiteración de intentos, errores y correcciones hasta lograr el éxito. Esa técnica está basada sobre las ideas del psicólogo suizo Jean Piaget. Se espera que Infant adquiera cierta iniciativa que lo libere del automatismo y le permita ejercer discriminaciones propias.

No es éste seguramente el único proyecto en vías de experimentación y es, en alguna medida, de pretensiones modestas.

Un especialista en el funcionamiento del cerebro, Andras Pellioniz, de la Universidad de Nueva York, piensa que un principio funcional parecido al de ese órgano encefálico —que coordina los aparatos sensitivos con el sistema muscular— podría instalarse en los autómatas del futuro, de modo que, con autonomía puedan explorar una realidad novedosa, decidir qué es lo que hay que hacer con ella y hacerlo.

Los ejemplos citados sólo representan, a mi juicio, una tendencia incipiente de la tecnología que alcanzará sus mayores realizaciones en la centuria próxima. Esas máquinas inteligentes se destinarán a exploraciones y operaciones peligrosas o imposibles de cumplir por el hombre, tales como la reparación de estaciones espaciales que el frío y el aire enrarecidos vedan a los astronautas, la limpieza de usinas nucleares después de accidentes, trabajos de reconocimiento en la superficie del planeta Marte, estudios en las grandes profundidades oceánicas, entre otras.

El cúmulo de conocimientos obtenidos por su intermedio —el conocimiento científico es también, al fin y al cabo, información— va a modificar las concepciones que del mundo y del universo el ser humano del siglo XXI habrá heredado de nuestros contemporáneos.

En el campo más próximo del procesamiento y difusión de informaciones se distinguen algunos proyectos que marcan una tendencia muy clara: se va hacia el periódico —impreso o transmitido por ondas— personificado, hacia el periódico hecho a la medida del usuario.

En el Media Lab, del Instituto Tecnológico de Massachusetts, se ha trabajado en un proyecto denominado News Peek. Consiste en un sistema enderezado a que cada usuario reciba sólo la información que necesite o que prefiera. El perfil de cada uno de los suscriptores está archivado en una computadora que cuando empieza el flujo informativo elige lo que interesa a cada uno, lo procesa y lo despacha a su destinatario. Como el sistema está previsto que sea interactivo, el abonado puede pedir cambios y ampliaciones, según sus necesidades vayan variando.

Esa revolución tecnológica, que algunos llaman fotónica, más el empleo de supercomputadoras, que no procesarían los datos en forma lineal, secuencial, sino en forma de un paralelismo múltiple, introducirá radicales transformaciones en el campo de las comunicaciones y, por lo tanto, en el de la información.

Mi ponencia concreta se vincula con ese desarrollo futuro y todavía, en su mayor parte en estado experimental. Los medios de prensa han de seguir paso a paso el desenvolvimiento tecnológico, del cual dependerá acaso su éxito y quizás su supervivencia.

Nuestra civilización está fundada en el texto. Sin el diario, sin la revista, sin la publicación científica, sin el libro, sin el manual de uso no habríamos llegado al grado de avance de las ciencias y las técnicas actuales, ni las ideas hubieran circulado con la libertad que exigen la democracia y el progreso.

Hugo de Jouvenel, especialista en prospectiva, sostiene que el valor máximo en el siglo XXI será el de la inteligencia. Pues, bien, el instrumento de la inteligencia es la palabra, el *logos*, el *verbum*.

Es a través de la palabra, en definitiva, que la prensa aceptará en el siglo próximo el reto de lo desconocido, esa aventura que tienta al hombre

desde los principios de los tiempos. Para expresarla seguirá defendiendo la libertad como uno de los bienes más preciados. Por eso, a pesar de todos los tropiezos, debemos celebrar el gran proceso de reconstrucción de las instituciones democráticas de los últimos años en nuestros países. La democracia es el ámbito natural para el ejercicio de la libertad de prensa.

Me complace altamente poner fin a mi exposición aquí, en Bogotá, con este elogio del texto, pues en esta tierra de larga y heroica tradición democrática han florecido y florecen los grandes lingüistas y los grandes escritores. Nuestro idioma ha sido estudiado y cultivado aquí con una maestría reconocida en el ámbito vasto de la hispanidad.